

**«Dejémoslo ser un dios, si quiere»
Consideraciones sobre la *Apotheosis***

Erwin Robertson
Universidad Metropolitana
de Ciencias de la Educación
Chile

Συγχωροῦμεν... Ἀλεξάνδρω, ἐὰν θέλῃ, θεὸς καλεῖσθαι.
PLUTARCO, *Moralia* 219 E

La sentencia que encabeza este trabajo pertenece al por lo demás desconocido Damis de Esparta, quien, presumiblemente ante la petición de honores divinos que Alejandro dirigió a las ciudades griegas en el último año de su vida, opinó en esa forma (más exactamente: “Dejemos que Alejandro, si quiere, sea llamado dios”). Análogamente, Demóstenes habría dicho en Atenas, en la misma ocasión: “Que sea hijo de Zeus o, si quiere, de Poseidón”(Hypérides, *Contra Demóstenes*, fr. 7).

El ejemplo del divino Alejandro no sólo inspiró a sus sucesores, reyes destinatarios de culto divino, sino también, así parece, a los forjadores de lo que se puede llamar la teoría racionalista sobre el origen de la religión. Hecateo de Abdera y Euhemero de Messene escribieron sobre antiguos reyes (Osiris y Zeus, respectivamente) que, después de haber conquistado el orbe y expandido por doquier la civilización, establecieron su propio culto y fueron merecidamente recordados como dioses. Si los dioses que todos veneramos fueron inicialmente reyes, la conclusión lógica es que los reyes actuales también pueden llegar a ser dioses; por lo menos, en la medida en que se hagan acreedores a ello por sus hechos. En otras palabras, se trata del llamado evemerismo, en el cual puede verse un supuesto de la teoría helenística de la apoteosis. Se ha postulado que, en especial a partir de la *Hierá Anagraphé* de Euhemero -traducido al latín por Ennio-, esta teoría inspira directamente las concepciones que animan tanto la *Eneida* virgiliana

como las *Res Gestae* del propio Augusto y fundamenta, así, el culto imperial romano¹.

Las sentencias citadas, de Damis y de Demóstenes, pueden reflejar cierta indiferencia acerca de un culto políticamente motivado -o, en el caso del segundo, complacencia, que es de lo que lo acusa su adversario Hypérides-; después de todo, no se trataba de «fe», sino de una decisión institucional. Debe recordarse, no obstante, que la época clásica conocía casos en que un hombre podía llegar a recibir culto: reconocidamente, tal era el caso de Heracles, elevado a la inmortalidad por sus grandes hazañas². Eran asimismo los casos del “último héroe”, Cleómedes de Astipalaia, o del ateniense Cimón, a los cuales se tributó un culto heroico después de su muerte³. En estos casos, es la muerte la condición del culto; no ocurre de diferente modo en la *consecratio* romana. Pero también se anuncia la posibilidad de un culto en vida; así aconteció con Lisandro, “hombre fuerte” de Esparta y del mundo griego después de la Guerra del Peloponeso y, evidentemente, un precedente para Alejandro (y, ya antes, para Filipo, su padre). Lisandro, dice Plutarco (citando a Duris de Samos), fue el primero a quien las ciudades elevaron altares e hicieron sacrificios como a un dios (βωμοὺς αἱ πόλεις ἀνέστησαν ὡς θεῷ καὶ θυσίας ἔθυσαν), y el primero de quien se cantó peanes, como aquel que cita él mismo: “*Al general de la buena Grecia, venido de la amplia Esparta, cantaremos, joh, ie Pean!*”⁴.

En el medio romano, Cicerón, que ciertamente no era un evemerista, aceptaba que Hércules, Esculapio, Liber (Diónysos) o Quirino (Rómulo) habían merecido ser incluidos en el cielo (*endo caelo merita locaverint*), contraponiéndolos a aquellos *qui caelestes semper habiti sunt*, esto es, los que siempre habían sido dioses⁵. También su Escipión Emiliano podía acceder al cielo -nada hay que la virtud humana acerque más al *numen* de los dioses que el fundar ciudades o preservar las ya fundadas, había dicho

¹ Vid. BRIAN BOSWORTH, “Augustus, the *Res Gestae* and Hellenistic Theories of Apotheosis”, *Journal of Roman Studies*, vol. LXXXIX, 1999, pp. 1-18. Cf. otros trabajos recientes sobre el tema: D. FISHWICK, “Dio and Maecenas: the Emperor and the Ruler Cult”, *Phoenix*, vol. XLIV, 3, 1990, pp. 267-275; D. FISHWICK, «On the Temple of Divus Augustus», *Phoenix*, XLVI, 3, 1992, pp. 232-255; R. HÄGG (ed.), *Ancient Greek Hero Cult. Proc. of the 5th. International Seminar on Ancient Greek Cult*, Stockholm, 1999; Ch. P. JONES, «Philostratus’ *Heroikos* and its setting in Reality», *Journal of Hellenic*

Studies, vol. 121, 2001, pp. 141-149; F.S. KLEINER, «The Arch in Honor of C. Octavius and the Fathers of Augustus», *Historia*, XXXVII, 3, 1988, pp. 347-357; P. ROBIANO, «Un discours encomiastique en l’honneur d’Apollonios de Tyane», *Revue des Études Grecques*, 114, 2001, pp. 637-646; P. WHITE, «Julius Caesar in Augustan Rome», *Phoenix*, XLII, 4, 1988, pp. 334-356.

² PÍNDARO, *Nemea* I, 61-72.

³ PAUSANIAS, VI, 9.6-8; PLUTARCO, *Rom.*, 28.4-6 y *Cim.*, 19.

⁴ PLUT. *Lys.* 18.5.

⁵ CICERÓN, *De legibus* 2.19.

Cicerón-, aunque en este caso no se implica que fuera a recibir culto⁶. La posibilidad de un culto, heroico o divino, a determinados hombres –en cualquier caso, en situaciones normales, *post mortem*- no se explica solamente, entonces, por el evemerismo o el culto monárquico helenístico.

En lo que sigue intentamos mostrar cómo nuestras fuentes literarias presentan la *apotheosis* de los emperadores romanos; más específicamente, las ceremonias que acompañan la *consecratio*. No se consideran los casos de culto en vida, juzgados anómalos por la misma tradición romana.

In deorum numerum relatus

Es natural comenzar por César. En el resumen del libro correspondiente de Tito Livio sólo se menciona la cremación tumultuaria del cadáver⁷. De otras fuentes contemporáneas, Ovidio se refiere simplemente al resultado del homicidio -la elevación a la esfera divina. Fue una sombra, una mera imagen, la que fue herida por los puñales de los conspiradores, dice en los *Fastos*; César mismo, colocado en el cielo, contempla los atrios de Júpiter y tiene un templo a él dedicado en el foro romano (*Quae cecidit ferro, Caesaris umbra fuit / Ille quidem caelo positus Iovis atria vidit / Et tenet in magno templa dicato foro*)⁸. En las *Metamorfosis*, el poeta afirma que, a diferencia de un dios extranjero como Esculapio, *Caesar in Urbe sua deus est*; y relata cómo, recogida su alma por Venus en el momento de la separación del cuerpo y antes de su disolución, llevada hacia el cielo, se inflama en el seno de la diosa y se convierte en una estrella llameante que vuela más alto que la luna⁹. Se trata del *sidus lulius*, como sabemos.

El Senado decretó para César honores como a un dios (Καίσαρα μὲν ὡς θεὸν τιμᾶν ἐψηφίσατο), refiere Plutarco, mencionando estos honores entre las otras medidas tomadas entonces -la amnistía, la validación de los actos del Dictador, la atribución de provincias y distinciones a sus asesinos¹⁰. El biógrafo no comenta mayormente la decisión senatorial; y alude al tumulto que acompañó a los funerales y a la improvisada cremación del cuerpo de César como cuestión de hecho, sin ninguna referencia a honores divinos que pudieran verse implícitos en los actos de la multitud. Mas, después de comentar que César no había sobrevivido más de cuatro años a Pompeyo

⁶ Id., *De re publica* I, 7.12 y VI,13.

⁷ LIVIO, *Periocha*, CXVI.

⁸ OVIDIO, *Fasti*, III, 702-704

⁹ *Caesaris eripuit membris nec in aera solui / Passa recentem animam caelestibus intulit astris; / Dumque tullii, lumen capere*

atque ignescere sensit / Emititque seni: luna volat altius illa / Flamiferumque trahens spatioso limite crinem / Stella micat... (*Metam.* XV, 745 y 845-850).

¹⁰ PLUT., *Caes.* 67.8.

y que de todo el imperio y el poder que había perseguido y obtenido con tantos peligros no quedaban en definitiva más que el nombre y una fama que excitaba la envidia de sus conciudadanos, Plutarco agrega: “*sin embargo*, su gran *daimon*, el que lo asistió divinamente a lo largo de su vida” (‘Ο μέντοι μέγας αὐτοῦ δαίμων, ᾧ παρά τὸν βίον ἐχρήσατο...), fue el que vengó en definitiva su muerte, persiguiendo a los asesinos por tierra y por mar¹¹.

En el plano de los hechos humanos, prosigue el biógrafo, mostrando la acción de ese gran *daimon*, el más asombroso fue que Casio se diera muerte con la misma espada con que había atentado contra César; en el de los hechos divinos (τῶν δὲ θείων), lo fue el cometa que brilló siete noches después de la muerte del Dictador, el debilitamiento de la luz del sol por todo ese año, al punto de que el aire se veía pesado y oscuro y los frutos no maduraban enteramente, y lo fue, sobre todo, el fantasma que anunció a Bruto su derrota y muerte en Filipos; todo ello —concluye Plutarco—, manifestó que el asesinato de César no había sido grato a los dioses (Μάλιστα δὲ τὸ Βρούτῳ γενόμενον φάσμα τὴν Καίσαρος ἐδήλωσε σφαγὴν οὐ γενομένην θεοῖς ἄρεστήν). Plutarco es el único que menciona los efectos en la naturaleza del asesinato del Dictador —aparte del cometa—; en términos latinos, se trata de los *portenta* o *prodigia* que tienen su lugar en la religión romana¹². También es el único que se refiere a la aparición, ciertamente un *κακός δαίμων* para Bruto¹³.

Igualmente parca es la versión de Suetonio. César «fue puesto en el número de los dioses», no sólo por decisión explícita (de los senadores), sino también por la convicción del vulgo (...in *deorum numerum relatus est, non ore modo decernentium, sed et persuasione volgi*). En efecto —refiere el autor—, en medio de los primeros juegos que celebraba su heredero, después de la *consecratio* —esto es, después de su divinización formal—, la *stella crinita* que brilló durante siete días, hizo que se creyera que era el alma de César recibida en los cielos (*creditumque est animam esse Caesaris in caelum recepti*)¹⁴. Por esta causa, añade, en sus imágenes se agrega una estrella sobre la cabeza (*in vertice additur stella*).

Con todo, Suetonio ha referido previamente el *ostentum* que tuvo lugar ante César en el momento del cruce del Rubicón —el hombre de tamaño y belleza extraordinarias, que arrebatando la trompeta a uno de los soldados, cruza primero el río—; un signo divino, pues, de acuerdo con toda la tradi-

¹¹ *Ibid.*, 68.1-2; 69.1-2.

¹² Cf. CICERON, *de natura deorum* 3.2.5: ...*omnis populi Romani religio in sacra et in auspicia divisa sit, tertium adiunctum sit si quid praedictionis causa es portentis et monstris Sibyllae interpretes haruspicesve*

monuerunt.

¹³ PLUT., 69.3 y ss. «‘Ο σός, ᾧ Βρούτε, δαίμων κακός, ὄψει δέ με περὶ Φιλίππους». «(Soy), oh Bruto, tu mal genio; me verás en Filipos», dice la aparición (*Caes.* 69.11).

¹⁴ SUET., *Div. Iul.* 88.2

ción romana, que si no indica un carácter sobrehumano en César, sí parece indicar que su empresa es favorecida por los dioses. En el mismo sentido, el caballo extraordinario de César, con los cascos hendidos en forma de dedos, que según los harúspices anunciaba a su amo el imperio del mundo. A ello hay que agregar la temprana declaración del César joven en los funerales de Julia, su tía, viuda de Mario: «su estirpe materna proviene de los reyes; la paterna está enlazada con los dioses inmortales... En nuestro linaje están la sacralidad de los reyes, que tienen el mayor poder entre los hombres, y el culto de los dioses, en cuya potestad están los reyes» (*Amitae meae Iuliae maternum genus ab regibus ortum, paternum cum diis immortalibus coniunctum est... Est ergo in genere et sanctitas regum, qui plurimum inter homines pollent, et caerimonia deorum, quorum ipsi in potestate sunt reges*)¹⁵.

Suetonio tiene que anotar ciertos actos y dichos en el lado de lo negativo: no sólo recibió honores excesivos para un magistrado republicano, sino que incluso se dejó asignar otros por encima de todo nivel humano (*sed et ampliora etiam humano fastigio decerni sibi passus est*): una silla de oro en la Curia y en el tribunal; un carro (*tensa*) y andas (*ferculus*) como los de las imágenes sagradas para las procesiones del circo; templos, altares, estatuas junto a las de los dioses, un *pulvinar* -lecho sagrado- y sacerdotes adscritos a su nombre -un flamen y lupercos -además del dar su nombre a un mes¹⁶. La apoteosis de César, según esto, fue conscientemente preparada en vida y, además, en cierto modo, se desprendía de una serie de *omina* extraordinarios.

Encontramos, en cambio, en el historiador de las Guerras Civiles romanas, Apiano, más detalles sobre esa divinización *persuasione volgi*. Marco Antonio el cónsul, hablando en los funerales de César, «como un cónsul de un cónsul, un amigo de un amigo, un pariente de un pariente»¹⁷, no sólo apela a la compasión por la víctima y a los méritos del Dictador, pretendiendo, en la lógica de su discurso, mover la opinión popular contra los asesinos, sino que destaca además su carácter “más que humano”, como un anticipo de la *consecratio* que será pronunciada formalmente sólo algunos días después. Pues ponía énfasis -refiere Apiano- en aquellos decretos del Senado y del Pueblo en que -junto con la atribución de epítetos que podríamos considerar simplemente “políticos” (“Padre de la patria”, “benefactor” y “protector como ningún otro”), - se le había llamado sagrado e inviolable, elementos propios de la calidad “sacrosanta” de los tribunos de la plebe -que ya César había recibido¹⁸-; pero además, *venerado como un dios* (ἐξεθείαζον, ἱερὸν καὶ ἄσυλον... ὀνομάζοντες)¹⁹. Más adelante en el

¹⁵ *Id.*, 32, 61, 6.2.

¹⁶ *Ibid.* 76.2.

¹⁷ APIANO, *Bell. Civ.* II, 143.

¹⁸ cf. DION. XLIV, 5.3.

¹⁹ APIANO, *Bell. Civ.* II, 144.

desarrollo de la ceremonia fúnebre, Antonio “se quitó su toga como un inspirado” (οἶά τις ἔνθους), se ciñó con ella y, colocándose frente al féretro como en el teatro, inclinándose ante él e iriguiéndose, “primero entona un himno como a un dios celeste” (ὡς θεὸν οὐράνιον ὕμνει), levantando sus manos como en crédito de su origen divino, y luego refiere las hazañas del difunto dictador. “Muchas otras cosas dijo imprecando” (ἐπιθειάσας), cambiando después su voz, del tono vehemente al de un *threnos*, llorando y lamentándose, “como por un amigo víctima de la injusticia”. Un punto alto en la emoción colectiva está representada por la exhibición de la toga de César, desgarrada por los puñales y ensangrentada. El pueblo participaba en la escena, “como un coro” –continúa Apiano-; y, de hecho, se entonaron cantos en honor del muerto. En medio de los lamentos y recitaciones de hazañas y agravios, “el mismo César parecía hablar” (αὐτὸς ὁ Καίσαρ ἐδόκει λέγειν)²⁰. Sea que Antonio hubiera actuado en un auténtico estado de trance (ἔνθεος), sea que la suya fuese una representación cuidadosamente preparada, sin duda supo captar y estimular el estado de ánimo de la multitud. Toda la escena es ya una apoteosis, informal y popular, inducida por el cónsul.

La excitación de la multitud –prosigue el relato- llegó al paroxismo cuando alguien levantó por sobre el féretro una reproducción en cera de César (ἀνδρείκελον... ἐκ κηροῦ πεποιημένον); un muñeco dotado de movimiento giratorio (ἐκ μηχανῆς ἐπεστρέφετο πάντη), de manera que, mientras el cuerpo mismo, al estar tendido, no era divisado por los asistentes a la ceremonia, aquél sí podía dejar ver sus propias heridas -las veintitrés heridas recibidas por César. La mimesis del difunto es propia de los funerales romanos y, como veremos, la presencia de muñecos será un elemento de posteriores apoteosis. En los funerales de César, su dramática utilización determina que estalle entonces la violencia: la muchedumbre incendia la sede del Senado y comienza a buscar a los asesinos -matando salvajemente al tribuno Cinna, homónimo de uno de aquellos- e intentando quemar sus casas. Volviendo luego al féretro de César, la multitud lo lleva hasta el Capitolio para «como santo incinerarlo en el templo y colocarlo entre los dioses» (ὡς εὐαγές φάσαι τε ἐν ἱερῷ καὶ μετὰ θεῶν θέσθαι). Como los sacerdotes lo impiden, el singular cortejo fúnebre se traslada de nuevo al Foro y, junto a la Regia, con bancos y trozos de madera, se improvisa una pira funeraria para los restos de César. En ella los participantes arrojan las cosas más valiosas dispuestas para la ceremonia e incluso, algunos (antiguos soldados, como vemos), lanzan sus propias coronas y muchos premios militares. El pueblo entero permaneció junto a la pira toda la noche²¹.

²⁰ *Ibid.* 146.

²¹ *Ibid.*, 147-148.

Allí, en el lugar de la incineración, explica el historiador, se erigió un altar, “pero ahora hay un templo del mismo César, estimado digno de honores divinos» (ἐνθα βωμὸς πρῶτος ἐτέθη, νῦν δ' ἐστὶ νεὼς αὐτοῦ Καίσαρος, θεῖον τιμῶν ἀξιουμένον). Pues su hijo adoptivo «honró a su padre con honores iguales a los de los dioses» (καὶ τὸν πατέρα τιμῶν ἰσοθέων ἤξιώσεν). Así, a partir de esa primera ocasión, comenta Apiano, los romanos honran a cada gobernante al morir, si por ventura no ha sido tiránico ni reprochable, aunque antes no soportaban llamarlos reyes cuando aún vivían²².

En la versión de Casio Dion, el pueblo, «primero excitado, luego irritado y finalmente inflamado de cólera», después de buscar a los asesinos, impedido por los soldados de incinerar el cadáver de César en el Senado o en el Capitolio, lo lleva hasta el Foro, donde levanta su pira. Allí consagrando un altar, se sacrifica y se ofrece víctimas a César, «como a un dios» (βωμὸν δὲ τινα τῷ τῆς πυρᾶς χωρὶφ ἰδρυσάμενοι ... θύειν τε ἐπ' αὐτῷ καὶ κατάρχεσθαι τῷ Καίσαρι ὡς καὶ θεῷ ἐπεχείρουν)²³.

Hablando de la conjuración contra César, ya Dion había hablado de lo novedoso y exagerado de los honores a él conferidos, lo que había aguijoneado a los conjurados²⁴. Entre estos honores, mencionaba el título de Padre de la Patria, que figuraba en las monedas; la celebración de su cumpleaños con un sacrificio público, las estatuas en las ciudades y en los templos de Roma -especialmente esas dos en los *Rostra*-, la dedicación de un templo a la Concordia Nueva con un festival anual²⁵; a los cuales, “como parecía gustar de esto”, se agregaron las oraciones que se ofrecerían públicamente por él cada año y el juramento por la Fortuna de César; después, el festival pentaetéride en su honor, “como a un héroe”, y un tercer colegio sacerdotal, llamado Juliano. Además, la decisión de portar su silla dorada y su corona en los teatros del mismo modo que las de los dioses; y finalmente, la abierta fórmula Júpiter Julius y el templo a César y a la *Clementia Caesaris*²⁶. Sin embargo, añade Dion, la autorización para que estableciese su tumba dentro del *pomerium* y el decreto respectivo, inscrito con letras de oro en una tablilla de plata, colocada a los pies de la estatua de Júpiter en el Capitolio, revelaban muy manifiestamente que era un hombre -es decir, no un dios (δηλοῦντές οἱ καὶ μάλα ἐναργῶς ὅτι ἄνθρωπος εὔη)²⁷.

Como sea, el conjunto de medidas tiene que haber venido a formar la noción colectiva de que César igualaba, ya, a los dioses, antes de que una apoteosis formal hubiese sido votada. Antonio, en la versión de Dion del discurso fúnebre, menciona como al pasar que el linaje del Dictador se remontaba a reyes y dioses (ἐκ βασιλέων καὶ θεῶν ἐγίγνετο) -lo que ya el propio César había recordado tempranamente, en los funerales de Julia,

²² *Ibid.*, 148.

²³ DION, XLIV, 50 - 51.1.

²⁴ *Id.*, XLIV, 3.1

²⁵ *Ibid.*, 5.4 - 5.

²⁶ *Ibid.*, 6.

²⁷ *Ibid.*, 7.1.

como hemos visto-; para, enseguida, aseverar que aquél no sólo había confirmado, sino ensalzado, lo que se creía de sus antepasados, que habían alcanzado la divinidad a través de la virtud (ἐς τὸ θεῖον δι' ἀρετὴν ἀνήκειν). Ahora se podría creer que Eneas era verdaderamente hijo de Venus; más aún, nadie consideraría a César indigno de haber tenido dioses como antepasados (οὐδ' ἂν εἰς ἀπαξιώσειεν θεοὺς τοὺς προγόνους γεγονέναι), aseguraba el orador. Considerando además que César era más grande que Eneas y sus sucesores, porque no quiso reinar en Roma y porque fundó colonias mayores que Alba o Lavinio, las ciudades en las cuales aquéllos reinaron²⁸.

Y así, toda la apología que sigue tiende a mostrar, sin decirlo, que, como sus antepasados, César era digno, por su virtud, de ser considerado un dios. Este padre, este pontífice máximo -concluirá Antonio-, este hombre inviolable, *héroe, dios*, ha muerto (οὗτος ὁ πατήρ, οὗτος ὁ ἀρχιερεὺς ὁ ἄσυλος ὁ ἥρωσ ὁ θεός, οἴμοι, τέθνηκεν)²⁹. La actitud de la muchedumbre, durante los funerales, es coherente con estas definiciones. En cuanto al heredero de César, el joven Octavio, su oportunidad llegó cuando brilló por esos días cierta estrella, al caer la tarde, hacia el norte: “algunos lo llamaron un cometa”, pero “los más lo atribuyeron a César, como inmortalizado e incluido en el número de los astros” (τῷ δὲ δὴ Καίσαρι αὐτὸ ὡς καὶ ἀπθανατισμένῳ καὶ ἐς τὸν τῶν ἄστρον ἀριθμὸν ἐγκατελεγμένῳ ἀνετίθεσαν). Entonces Octavio cobró ánimos y erigió en el templo de Venus una estatua en bronce de su padre adoptivo, con la estrella sobre la cabeza; a lo cual siguió la entrada en vigencia de los honores anteriormente votados para el ahora *divus*: el llamar *Julius* al antiguo mes *Quintilis* y los sacrificios especiales a su nombre en medio de algunas fiestas de victoria³⁰.

Animam caelestem caelo reddidit

Veleyo Patérculo describe así la muerte de Augusto: “en el consulado de Pompeyo y Apuleyo, en su septuagésimosexto año, disuelto en sus elementos constituyentes, devolvió al cielo su alma celeste” (*in sua resolutus initia Pompeio Apuleioque consulibus septuagesimo et sexto anno animam caelestem caelo reddidit*)³¹. Por su parte, su heredero, Tiberio –según el mismo historiador- no se preocupó de los asuntos políticos sino una vez devuelto el padre al cielo, y honrado su cuerpo con los honores humanos y su *numen* con los divinos (*Post redditum caelo patrem et corpus eius humanis honoribus, numen divinis honoratum...*)³². Más

²⁸ *Ibid.*, 37.

²⁹ *Id.*, XLIV, 49.1

³⁰ *Id.*, XLV, 7.1.

³¹ VELEYO, II, 123.2.

³² *Id.*, II, 124.3.

seco y escueto, Tácito señalaba que, realizadas las exequias de Augusto de acuerdo a la costumbre, se había decretado para él un templo y ritos divinos, *templum et caelestes religiones decernuntur*³³.

Suetonio proporciona esta vez mayores detalles. Frente a los honores a su juicio desorbitados propuestos por algunos senadores –y que incluían los coros de niños y niñas que veremos en otras ceremonias similares–, se procedió con mesura (*adhibito honoribus modo*), reconoce el biógrafo de los Césares; en todo caso, después de las *laudationes* de Tiberio y de su hijo Druso, el cadáver de Augusto fue llevado en hombros por los senadores hasta el Campo de Marte, donde se le cremó, en tanto que las cenizas fueron recogidas por los *primores* del orden ecuestre, en túnica, sin ceñirse y descalzos. «No faltó un varón pretoriano que jurase haber visto su imagen subiendo al cielo en el momento de la cremación» (*Nec defuit vir praetorius, qui se effigiem cremati euntem in caelum vidisse iuraret*); la analogía con la epifanía de Rómulo-Quirino, debidamente atestiguada según la tradición, parece clara e implica la apoteosis³⁴. Similar noticia respecto de Drusilla, deificada por su hermano Cayo (Calígula), tiene ya tono de parodia en Séneca³⁵.

La apoteosis del primer rey de los romanos, desaparecido misteriosamente, quizás asesinado, está bien configurada en la tradición y es, por supuesto, recogida por los historiadores de la época augústea. En la versión de Tito Livio, a la noticia de que Rómulo había sido arrebatado por la tempestad y llevado al cielo (*sublimem raptum procella*) –un caso de los «raptos» de héroes conocidos por la mitología³⁶– había seguido su salutación como a dios, nacido de dios (*deum deo natum*), rey y padre de la urbe. Próculo Julio, testigo de peso, aportaría la confirmación del nuevo estado del rey desaparecido, refiriendo que este mismo, descendido del cielo (*caelo repente delapsus*), le había ordenado anunciar la futura grandeza de Roma y luego se había alejado por los aires (*sublimis abiit*)³⁷. Para Dionisio de Halicarnaso, los sucesos relativos al nacimiento y muerte de Rómulo proporcionaban de algún modo base a los que hacían dioses de mortales y elevaban al cielo las almas de los hombres ilustres (ἔοικε δ' οὐ μικρὰν ἀφορμὴν παρέχειν τοῖς θεοποιούσι τὰ θνητὰ καὶ εἰς οὐρανὸν ἀναβιβάζουσι τὰς ψυχὰς τῶν ἐπιφανῶν). En todo caso, fue por que Rómulo

³³ TÁCITO, *Annales* I, 10. Sin embargo, los críticos de Augusto murmuraban que, atribuyéndose en vida honores divinos, nada había dejado a los dioses: «*nihil deorum honoribus relictum, cum se templis et effigie numinum per flamines et sacerdotes coli vellet*» (ibid.).

³⁴ SUET., *Div. Aug.* 100.6-7.

³⁵ SÉNECA, *Apocolocyntosis*, I, 2-3; cf. DION, LIX, 11.

³⁶ Ver E. ROHDE, *Psyche*, cap. «Rapto. Islas de los bienaventurados» y casos allí citados.

³⁷ LIVIO I, 16. Cf. el epitomista de Dion (εἰς τὸν οὐρανὸν ἀνιόντα - DION, I, fr. 32 M).

había mostrado una grandeza superior a la naturaleza mortal por lo que Numa Pompilio ordenó que se le erigiera un templo y se le ofrecieran sacrificios bajo el nombre de Quirino (ὡς κρείττονα γενόμενον ἢ κατὰ τὴν θνητὴν φύσιν ἱεροῦ κατασκευῆ καὶ θυσίαις διητησίαις ἔταξε Κυρίνον ἐπονομαζόμενον γεραίρεσθαι). Mientras los romanos aún dudaban sobre la causa de su desaparición, el testimonio de Julio (aquí, explícitamente descendiente de Ascanio, el hijo de Eneas), resultó decisivo. Viniendo a la ciudad, aquél vio a Rómulo —o mejor dicho, seguramente, a su φάσμα— completamente armado y escuchó de él la orden de anunciar a los romanos su nuevo estado: “el *daimon* que me tenía desde que nací me conduce hacia los dioses, habiendo yo culminado mi tiempo mortal: soy Quirino” (μὲ ὁ λαχὼν ὅτ’ ἐγενόμην δαίμων εἰς θεοὺς ἄγεται τὸν θνητὸν ἐκπληρώσαντα αἰῶνα· εἰμι δὲ Κυρίνος). Un testimonio en cierto modo innecesario, puesto que había sido esa grandeza superior a la medida humana lo que llevó a reconocer la dignidad divina de Rómulo³⁸.

En cambio, para Plutarco, fueron los senadores los que prescribieron honrar y venerar a Rómulo, arrebatado hacia los dioses —decían— y que, de rey protector, llegaría a ser un dios propicio (ὡς ἀνηρασμένον εἰς θεοὺς καὶ θεὸν εὐμενῆ γενησόμενον αὐτοῖς ἐκ χρηστοῦ βασιλέως). El testimonio oportuno y una especie de *enthousiasmós* colectivo indujeron a rechazar sospechas y acusaciones, aceptando de hecho a Quirino como a un dios. Plutarco, sin embargo, reprueba esta concepción tan material de la apoteosis y establece su propia doctrina de los estados del ser³⁹.

Desde la perspectiva del evemerismo, la asimilación a Quirino era, con todo, un recurso pobre: Osiris, Zeus, Heracles o Díonysos habían recibido de propio derecho el culto; también César y Augusto—como Alejandro— se habían incorporado, después de todo, al mundo celeste bajo sus propios nombres, sin identificarse con otros dioses. La analogía de la apoteosis de Rómulo con la de César o la de Augusto no es, entonces, absoluta. Más fuertes en este sentido eran los versos de Virgilio que, ya en vida del futuro *divus*, anunciaban en él al que restauraría los Siglos de Oro en el Lacio⁴⁰. Como es evidente, el modelo de César se imponía, aunque con las adaptaciones obligadas que suponía el estilo de Augusto: el *nullum... contra morem maiorum* de sus *Res Gestae* valía también, sin duda, para los honores religiosos; en consecuencia, el Príncipe no aceptó templos en ninguna provincia sin que se asociara el nombre de Roma al suyo y, en ningún caso, en la Urbe misma; por la misma razón, hizo fundir todas las estatuas de plata que había aceptado en su primera época⁴¹. Evemerismo o no, Augus-

³⁸ DIONISIO DE HALICARNASO, II, 56.6 y 63.3–4.

³⁹ PLUT., *Rom.* 27.8 y 28. «Es necio confundir la tierra con el cielo», οὐρανῶ δὲ

μιγνύειν γῆν ἀβέλτερον (28.7). Ver n. 51

⁴⁰ *Aen.* 6.793.

⁴¹ SUET., *Aug.* LII. Cf. *Res Gestae*, 6.1.

to tenía que parecerse más a Escipión Emiliano que al Zeus de Euhemero o al Tolomeo de Egipto⁴².

Certissima divinitatis fides

Establecida la práctica, los emperadores y el Senado se atendrán en general a ella. Por esta razón, la tradición literaria no es muy elocuente respecto de la apoteosis de los príncipes de la dinastía julio-claudiana y aun de la flavia -cuando ha tenido lugar, y conforme al modelo de Augusto. Tiberio ha hecho gala de rechazar los honores divinos en vida: *ego me... mortalem esse*, declara; «mis templos están en vuestros corazones, éstas son las estatuas más bellas y más duraderas» (*Haec mihi in animis vestris templa, hae pulcherrimae effigies et mansurae*)⁴³. Pero, en cuanto a su *consecratio* póstuma, su sucesor, Calígula, evidentemente no ha tenido interés en insistir por ella ante los senadores⁴⁴. En el caso de Calígula, como en el de Nerón o Domiciano, la respectiva *damnatio memoriae* excluye que tenga aplicación la concepción de la apoteosis de que estamos tratando. Por el contrario, los honores que implican culto en vida y en *Roma* son citados como muestra de depravación⁴⁵. Será sólo con la nueva dinastía imperial que encontremos mayores referencias y una teoría renovada.⁴⁶

⁴² Cf. BOSWORTH y WHITE (n. 1).

⁴³ TÁC., *Ann.* IV, 37.3-5 - 38.1-3. En el mismo sentido, Tiberio declara a la ciudad de Giteon que le bastan honores «más mesurados y humanos», ταῖς μετριωτέροις τε καὶ ἀνθρωπιείοις (EHRENBERG & JONES, *Documents Illustrating the Reigns of Augustus and Tiberius*, Oxford, 1976, 102 b, ll. 20-21). No es el único César en pedir moderación en este tipo de honores (cf. FISHWICK, «Dio and Maecenas», n.1).

⁴⁴ DION, LIX, 3.7.

⁴⁵ Por ej., SÜET., *Caius*, 22.

⁴⁶ Las apoteosis de los julio-claudios y flavios en nuestras fuentes literarias: A la muerte de Claudio, se celebraron sus funerales con la pompa solemne propia de un príncipe y «fue incluido en el número de los dioses» (*in numerum deorum relatus*); su culto (*honorem*) fue abandonado y después abolido por Nerón, pero restablecido por Vespasiano (SÜET., *Claud.* 45.2). Comenzó Nerón por hacer ostentación de piedad hacia su padre adoptivo, celebró espléndida-

mente sus funerales, hizo su *laudatio* y lo consagró, refiere también Suetonio (*Orsus... a pietate ostentatione Claudium apparatissimo funere elatum laudavit et consecravit*. Id., *Nero*, 9.1). Claudio obtuvo los mismos funerales y demás ritos sagrados que había obtenido Augusto (ἔτυχε δὲ καὶ τῆς ταφῆς καὶ τῶν ἄλλων ὅσων ὁ Αὐγουστος); «Agripina y Nerón fingían llorar al que habían matado y elevaron al cielo (ἔξ τε τὸν οὐρανὸν ἀνήγαγον) al que habían sacado precipitadamente del banquete» (DION, *Ep.* 61.35.2). Proclamado emperador Nerón, se decidieron honores celestes para Claudio y se celebran funerales solemnes del mismo modo que al divino Augusto (*Caelestesque honores Claudio decernuntur et funeris sollemne perinde ac divo Augusto celebratur*; TÁC., *Ann.* XII, 69.6). Aquí interviene la *Apocolocyntosis* del innoble Séneca. Es entre las muestras de humor de Vespasiano donde Suetonio pone la alusión a la apoteosis. El príncipe, cuyos últimos esfuerzos tenderán a morir de pie, como cuadraba a un

Plinio el Joven establece las diferencias entre la *consecratio* del emperador difunto, cuando realizada por emperadores anteriores, y la practicada por Trajano respecto de Nerva⁴⁷. Como, en la perspectiva del panegirista, la adopción y consecutiva elevación del general hispano al solio imperial había sido un hecho providencial (*providentia deorum primum in locum provexerat*), resultaba de ello la calidad divina de Nerva, instrumento de los dioses. En verdad, Nerva había sido reclamado para el cielo por los dioses, a fin de que no hiciera nada simplemente mortal, después del acto divino e inmortal que fue la adopción de Trajano (*quem di ideo caelo vindicaverunt, ne quid post illud divinum et immortale factum mortale faceret*); había que divinizar cuanto antes al autor de tal adopción, de modo que la posteridad se preguntare si aquél no era ya un dios cuando la llevó a cabo (*auctoremque eius statim consecrandum, ut quandoque inter posteros quareretur an illud iam deus fecisset*)⁴⁸.

Padre querido de un hijo ejemplar, Nerva fue honrado primero con las lágrimas filiales y sólo después con un templo; Trajano, pues, no ha imitado a aquellos que hicieron lo mismo –deificar a su antecesor–, pero no con la misma intención (*Quem tu lacrimis primum, ita ut filium decuit, mox templis honestasti, non imitatus illos qui hoc idem, sed alia mente fecerunt*). En efecto, Tiberio –según Plinio– elevó al cielo a Augusto, mas sólo para, acto seguido, iniciar procesos por el delito de majestad; Nerón a Claudio, para reír; Tito a Vespasiano y, a Tito, Domiciano; aquél para ser considerado hijo y, éste, hermano de un dios (*Dicavit caelo Tiberius Augustum, sed ut maiestati crimen induceret, Claudium Nero, sed ut irrideret, Vespasianum Titus, Domitianus Titum, sed ille ut dei filius, hic ut frater videretur*). Trajano, en cambio, llevó a su padre a las estrellas (*tu sideribus patrem intulisti*, dice el panegirista al Príncipe) no para infundir miedo a los ciudadanos, no para ultraje de los dioses (*non in contumeliam numinum*), no en su propio honor, sino porque realmente lo consideraba un dios (*sed quia deum credit*). Mas los honores divinos rendidos por un mal príncipe que se tenga él mismo por un dios –como Nerón, evidentemente–, resultan disminuidos. Pues que el antecesor sea contado entre los dioses no depende tanto de altares, pulvinares y *flamines*, sino de

emperador, ya enfermo, no encontró nada mejor que decir: “¡Ay, creo que me estoy convirtiendo en dios!” (*Ac ne in metu quidem ac periculo mortis extremo abstinuit iocis... prima quoque morbi accessione: 'Vae', inquit, 'puto deus fio' - Div. Vesp. 23.7-8*). Domiciano no juzgó al difunto Tito digno de ningún honor, salvo el de la consagración (...*nullo praeterquam consecrationis honore*

dignatus; Suet., *Dom.* 2.6). Domiciano pretendía amar a su hermano (Tito) y llorarlo; pronunció el elogio fúnebre entre lágrimas y lo inscribió rápidamente «entre los héroes» (ἐς τοὺς ἥρωας αὐτὸν σπουδῆ ἐσέγραψε. (DION, *Ep.* LXVII,2.6).

⁴⁷ *Panegyricus Traiano Imp.*, 10.

⁴⁸ *Id.*, 10.4-5

la conducta del sucesor: “no lo haces y pruebas dios con otra cosa más que lo que eres”, dice Plinio a Trajano (*non alio tamem magis deum et facis et probas quam quod ipse talis es*); en definitiva, la única prueba segura de la divinidad de un príncipe, cuando fallece teniendo *electus successor*, es la *virtus* de este sucesor –que éste sea *bonus*, y más aún, desde luego, si es *optimus princeps*, como Trajano será llamado (*In principe enim... una eademque certissima divinitatis fides est bonus successor*)⁴⁹.

La cualidad “heroica” de la función imperial no es, entonces, de suyo evidente para el panegirista. No es la “costumbre” establecida (*perinde ac divo Augusto*) el fundamento de la apoteosis. Serán las calidades personales, morales y políticas, del Príncipe las que lo hagan acreedor a la divinización; esas mismas cualidades, como vemos, le han valido los honores divinos a su antecesor, por el hecho de haber adoptado a quien lo sucedió en la púrpura. Por lo menos, así debe ocurrir cuando el nuevo príncipe es *electus*, es decir, elegido como el mejor por ese antecesor, “no en la cámara nupcial, sino en el templo”, de acuerdo con lo que se puede llamar la teoría política del Principado antoniniano⁵⁰. Contemporáneamente al joven Plinio, Plutarco, a propósito de la apoteosis de Rómulo, podía decir que no era la ley de la ciudad, sino la virtud lo que llevaba hacia los dioses (ἀλλὰ τὰς ἀρετὰς καὶ τὰς ψυχὰς... οὐ νόμῳ πόλεως, ἀλλ’ ἀληθείᾳ καὶ κατὰ τὸν εἰκότα λόγον εἰς θεοῦς ἀναφέρεσθαι)⁵¹. Más tarde, en Casio Dion, su Mecenas insistirá a Augusto que es la virtud lo que eleva a un hombre a la dignidad de los dioses, no el voto popular (χειροπονητὸς δ’ οὐδεὶς πώποτε θεὸς ἐγένετο)⁵².

Así parecerán probarlo acontecimientos posteriores. El Senado rehusó por largo tiempo decretar los «honores heroicos» (τὰς ἡρωϊκὰς τιμὰς) a Adriano; finalmente, por las súplicas de Antonino (que hizo lo que no había hecho Calígula con respecto a Tiberio), por respeto al hombre como por temor a los soldados, la Curia cedió y confirió «los honores» al emperador difunto (ἀπέδωκε τῷ Ἀδριανῶ τὰς τιμὰς)⁵³. No habría sido llamado divino, si Antonino, su sucesor, no hubiese rogado en ese sentido (*Nec appellatus*

⁴⁹ *Id.*, 11.1-3.

⁵⁰ Sostiene PLINIO: *Imperaturus omnibus eligi debet ex omnibus* (7.6); ...*Non in cubiculo, sed in templo, nec ante genialem torum, sed ante pulvinar Iovis optimi maximi adoptio peracta est* (8.1). Cf. GALBA: *sed Augustus in domo successorem quaesiuit, ego in re publica*, en TÁCITO, *Historiae* I, 15.3

⁵¹ PLUT., *Rom.* 28.10.

⁵² DION, LII, 35.5. Cf. FISHWICK, «Dio and

Maecenas» (n.1). Aurelio Víctor, en *de Caesaribus*, 33, deplorando que, por la decadencia de las costumbres, a algunos apenas dignos de funerales se coloque entre los dioses, *aliquanti...in caelestium numerum referuntur, aegre exsequiis digni* (25), considera que *principes atque optimi mortaliū, vitae decore quam quaesiit nominibus aut compositis... caelum adeunt seu fama hominum dei celebrantur modo* (30).

⁵³ DION, *Epit.* LXIX, 23.3; 70.1.2-3.

esse divus, nisi Antoninus rogasset), dice la *Historia Augusta*. Después éste edificó para él un templo en lugar de un sepulcro y constituyó en su honor un certamen quinquenal, flamines y sodales y muchas otras cosas que corresponden a los honores de un *numen* (*quae ad honorem quasi numinis pertinerent*). Por esto, al decir de muchos, Antonino fue llamado Pío, concluye el supuesto *scriptor* Elio Espartano⁵⁴.

Antonino Pío, como Marco Aurelio, son precisamente modelos de emperadores, aquéllos en los cuales la divinización formal corona una vida y un carácter, como hubiese querido Plinio el Joven. Del primero de ellos dice el biógrafo de la *Historia Augusta*: fue divinizado por el Senado, compitiendo todos en sus esfuerzos porque todos alababan su piedad, clemencia, ingenio y pureza (*A senatu divus est appellatus cunctis certatim adnitentibus, cum omnes eius pietatem, clementiam, ingenium, sanctimoniam laudarent*). Además, fueron decretados para él todos los honores que anteriormente se había otorgado a los mejores príncipes (*Decreti etiam sunt omnes honores, qui optimis principibus ante delati sunt*), entre los cuales honores el biógrafo menciona flamines, juegos del circo, un templo y sodales. En suma, habiendo vivido, en cuanto estuvo en su poder, libre de la sangre de los ciudadanos o de los enemigos, Antonino fue justamente *-rite-* comparado con Numa por su felicidad, piedad, seguridad y observancia de las ceremonias religiosas⁵⁵.

Después que Marco Aurelio hubo imperado dieciocho años amado por todos, informa la misma *Historia*, el amor que le profesaban brilló más claramente en sus funerales regios; de tal manera, que nadie pensó que había que llorar por él (*nemo illum plangendum censuerit*) –esto es, no había que lamentar su destino de ultratumba. Pues todos estaban seguros que, habiendo sido enviado por los dioses, había vuelto a los dioses (*certis omnibus, quod ab diis commodatus ad deos redisset*). Incluso antes de su funeral, el Senado y el pueblo, no en lugares separados, sino reunidos juntos –como nunca se había hecho antes- lo declararon un dios propicio (*propitium deum dixit*). A un hombre tal, “asociado con los dioses en la vida y en la muerte” (*ac diis vita et morte coniunctus*), –que habría sido feliz, sin embargo, si no hubiera dejado un hijo, comenta el apócrifo autor de la *Historia-*, no fue suficiente que toda edad, todo sexo, todo estado y rango le rindieran honores divinos; incluso si alguien no tenía una imagen de Marco Aurelio en su propia casa, pudiendo o debiendo haberla tenido, era juzgado culpable de sacrilegio (*Et parum sane fuit, quod illi honores divinos omnis aetas, omnis sexus, omnis conditio ac dignitas dedit, nisi quod etiam sacrilegus iudicatus est, qui eius imaginem in sua domo non habuit, qui per fortunam vel potuit habere vel debuit*). Un

⁵⁴ *Hist. Aug., Vita Hadriani, 27.*

⁵⁵ *Id., Anton. 13.*

templo se instituyó para el príncipe, con sodales y flamines antoninianos; “y todo lo que la antigua práctica establecía para los consagrados” (*quae de sacratis decrevit antiquitas*). Evidentemente, para el Pseudo-Julio Capitolino, la apoteosis –votada con todo de un modo que no tenía precedentes- no fue más que la consagración de la vida y carácter del Príncipe⁵⁶.

Cómo Pertinax fue hecho inmortal

Dion Casio puede relatar una apoteosis de la cual él mismo ha sido testigo, en medio de la crisis desatada tras los asesinatos consecutivos del último Antonino, Cómodo, y de su sucesor, Pértinax. Con Septimio Severo a las puertas de Roma y los pretorianos revueltos contra los asesinos de Pértinax, «nosotros» (los senadores) –dice Dion-, convocados por el cónsul Silio Messalla en el Athenaeum, «condenamos a Juliano (el emperador reinante) a muerte, nombramos a Severo emperador y concedimos honores heroicos a Pértinax» (καὶ τοῦ τε Ἰουλιανοῦ θάνατον κατεψηφισάμεθα καὶ τὸν Σεουήρον αὐτοκράτορα ὠνομάσαμεν, τῷ τε Περτίνακι ἥρωικὰς τιμὰς ἀπεδώκαμεν)⁵⁷. Las ceremonias en honor de Pértinax son llevadas a cabo poco después, una vez asentado Septimio Severo en el poder. Dion Casio, o su epitomista, las describe con algún detalle. Primero, el nuevo emperador dedicó un *heroon* a su antecesor y dispuso que se agregara su nombre a todos los votos y juramentos; ordenó además que se introdujera en el circo una imagen de oro de Pértinax, en un carro tirado por elefantes; en los otros teatros se pondrían tronos dorados en su recuerdo. En tercer lugar, se llevó a cabo su funeral solemne, a pesar del tiempo transcurrido desde su muerte.

En el Foro Romano (τῇ ἀγορᾷ τῇ Ῥωμαίᾳ) se erigió una tribuna de madera, inmediata a la de mármol (los *Rostra*), sobre el cual un pabellón sin murellas, rodeado de columnas, adornado de oro y marfil, donde se depositó un féretro de lo mismo, rodeado de cabezas de animales de la tierra y del mar y cubierto de paños decorados de púrpura y oro; sobre lo cual estaba una efigie de Pértinax en cera, arreglada con la toga triunfal (εἶδωλὸν τι τοῦ Π. κήρινον, σκευῆ ἐπινικίῳ εὐθετημένον), a la que un hermoso niño le espantaba las moscas con una pluma de pavo real, como si realmente estuviese descansando (ὡς δῆθεν καθεύδοντος). Mientras estuvo expuesto, Severo y nosotros los senadores y nuestras mujeres, vestidos de luto, nos acercábamos; ellas se sentaban en los pórticos y nosotros al descubierto. Y después de esto pasaron, primero, estatuas de todos los romanos ilustres del pasado; luego, coros de niños y de hombres cantando himnos de lamentación por Pértinax; a continuación, todas las naciones sometidas, en imáge-

⁵⁶ *Id.*, *Vita Marci*, 18.

⁵⁷ DION, fr. LXXIV, 17.4.

nes de bronce, vestidas según los usos de cada país; y siguieron las corporaciones (γέννη) de la ciudad misma, las de líctores y de escribas, las de heraldos y todas las otras de la misma manera. Venían después imágenes de otros hombres, los que se distinguieron por alguna obra, invención o modo de vida, y tras éstos la caballería, la infantería con sus armas, los carros y las ofrendas que el emperador y nosotros y nuestras mujeres y los équites más distinguidos y los municipios (δήμοι) y las corporaciones de la ciudad habían enviado. Les acompañaba un altar dorado en su derredor y ornado con marfil y piedras de la India. Cuando éstos pasaron, Severo subió a la tribuna de los *rostra* (τὸ τῶν ἐμβόλων) y leyó un elogio de Pértinax. Nosotros gritamos mucho en medio del discurso, ya alabando ya lamentando a Pértinax, pero aún más una vez que finalizó (ἡμεῖς δὲ πολλὰ μὲν καὶ διὰ μέσου τῶν λόγων αὐτοῦ ἐπεβοῶμεν, τὰ μὲν ἐπαινοῦντες τὰ δὲ καὶ θρηνοῦντες τὸν Π., κλειῖστα δὲ ἐπαύσατο). Y por último, cuando el féretro estaba a punto de ser movido, todos juntos nos lamentamos y lloramos. Lo bajaron de la tribuna los pontífices y los magistrados, los que estaban en ejercicio tanto como los designados para el año siguiente, y éstos lo entregaron a algunos caballeros para que lo trasportaran. Los demás marchábamos ahora delante del féretro, y algunos se golpeaban el pecho, otros tocaban un aire de duelo en la flauta; el emperador marchaba detrás de todos y así llegamos al Campo de Marte (τὸ Ἄρειον πεδῖον). Allí se había levantado una pira en forma de torre de tres pisos, adornada con marfil y oro además de algunas estatuas, y en su cúspide un carro dorado, precisamente el que Pértinax había conducido. A aquélla fueron subidas las ofrendas funerarias y se colocó el féretro, y luego Severo y los parientes de Pértinax besaron la imagen. Aquél subió entonces a una tribuna, mientras nosotros el Senado, salvo los magistrados, (nos instalamos en) un entablado a fin de que observásemos lo que sucedía a la vez con seguridad y decoro. Los magistrados y los caballeros, ataviados de un modo digno de sus cargos, y los soldados de caballería y de infantería, dieron vueltas en torno a la pira, realizando circunvoluciones tanto civiles como militares (περὶ τὴν πυρὰν πολιτικὰς τε ἅμα καὶ πολεμικὰς διεξόδους διελιττοντες διεξήλθον). Entonces, a continuación, los cónsules encendieron fuego a aquélla. Hecho esto, un aguila voló de allí. Y así Pértinax fue hecho inmortal (καὶ ὁ μὲν Π. οὕτως ἠθανατίσθη)⁵⁸.

La apoteosis del propio Severo es descrita por Herodiano. Muerto el emperador en Britania, sus restos son llevados a Roma por sus hijos Caracalla y Geta, destinados a compartir la púrpura por breve tiempo. Uno de los pocos actos que realicen en común será el funeral de su padre, que evidentemente sigue al decreto del Senado «colocando entre los dioses» al Augusto difunto. Pues es costumbre entre los romanos, refiere Herodiano, deificar a los emperadores que han muerto dejando a sus hijos como sucesores. «Esta ceremonia recibe el nombre de *apotheosis*». La ciudad se enluta y celebra fiestas y ceremonias religiosas, mas entre ellas tiene que destacar la singular imitación de la agonía de un emperador: «una imagen

⁵⁸ Ep. LXXV, 4.2-5.5.

de cera, enteramente igual al muerto (es colocada) sobre un enorme lecho de marfil cubierto con ropas doradas, que es expuesto en alto en el atrio de palacio. La imagen refleja la palidez de un hombre enfermo». Los senadores, vestidos con mantos negros, se sitúan a su izquierda; las mujeres, «a quienes la dignidad de sus maridos o padres hace partícipes de este alto honor», vestidas de blanco y sin adornos, se ubican a la derecha. Durante siete días los médicos simulan que examinan al enfermo. Cuando declaran su muerte, los más nobles de los caballeros y jóvenes escogidos del orden senatorial llevan el lecho al «foro antiguo», el Foro Romano, donde es expuesto. A sus lados, en sendos estrados, coros de niños nobles y de mujeres de alto rango entonan himnos y cantos en honor del muerto. Luego el lecho es llevado al Campo de Marte y colocado en una gran torre de madera, llena de leña y decorada con tapices tejidos en oro, estatuillas de marfil y pinturas. En torno a ella se esparce incienso, perfumes, frutas, hierbas y jugos olorosos. «No es posible encontrar ningún pueblo ni ciudad ni particular de cierta alcurnia y categoría que no envíe con afán de distinguirse estos dones postreros en honor del emperador». Cuando todo el lugar está perfumado, «tiene lugar una cabalgata en torno de la pira y todo el orden ecuestre cabalga en círculo, siguiendo el ritmo de una danza pírrica». También giran carros en guiados por aurigas con togas bordadas en púrpura y portando imágenes de generales ilustres y de emperadores. «Cumplidas estas ceremonias, el sucesor del imperio coge una antorcha y la aplica a la torre, y los restantes encienden el fuego por todo el derredor de la pira (...). Luego, desde el más pequeño y último de los pisos (de la torre), como desde una almena, un águila es soltada para que se remonte hacia el cielo con el fuego. Los romanos creen que lleva el alma del emperador desde la tierra hasta el cielo. Y a partir de esta ceremonia es venerado con el resto de los dioses»⁵⁹.

Las dos descripciones anteriores nos proporcionan un cuadro vívido de cómo percibían las ceremonias de deificación los súbditos del Imperio -órdenes superiores comprendidos. Por supuesto, ellas constituyen en cierto sentido una ampliación de ceremonias tradicionales romanas. Tiene un papel central la imagen del emperador difunto, representado como si estuviera viviendo, incluso en sus últimos momentos; de acuerdo, por lo demás, a lo que habían sido los usos funerarios de la nobleza, según los cuales los muertos, a través de sus *images*, participan en la ceremonia de los vivos: la máscara (*effigies*) del desaparecido es colocada en un nicho de madera en el lugar más visible de su casa, es portada en el funeral por el individuo más parecido al difunto en estatura y porte, vestido con la toga con las insignias del rango que aquél ostentó;

⁵⁹ HERODIANO, *Hist. del Imp. Romano*, IV, 2. Trad. Ed. Gredos, Madrid, 1985.

por cierto, no faltaría la *laudatio* pertinente⁶⁰. En los funerales de Germánico, Tácito se preguntaba por las viejas costumbres, la imagen expuesta en el féretro (*propositam toro effigiem*), los cantos preparados *ad memoriam virtutis*, los elogios y la reproducción ritual del dolor (*lacrimas vel doloris imitamenta* - Tác., *Ann.* III, 6). Un papel especial había tenido, recuérdese, el autómata presente en los funerales de César.

No puede dejar de estar presente en las ceremonias imperiales todo el *ordo Senatus* -los senadores y sus esposas-; Dion agrega el detalle de los *doloris imitamenta*. No faltan los coros de niños y de adultos. Análogamente, cuando Calígula consagró el santuario de Augusto (τὸ ἥρῶν τὸ Αἰγυψίου ὠσίωσσε), encontramos coros de niños y niñas, «del más noble nacimiento y cuyos dos padres estaban vivos» (ἀμφιθαλεῖς) -es decir, en términos romanos, *camilli*-, además de banquetes a los que eran invitados los senadores y sus mujeres y todo el pueblo y espectáculos de todo tipo⁶¹. En las apoteosis toman parte asimismo todos los órdenes de la sociedad romana y las ciudades y provincias, éstas por lo menos a través de las ofrendas que hacen llegar y de las figuras que las representan. Figuran la *decursio*, carreras y circunvoluciones de los équites en torno a la pira, y los desfiles de *imperatores* del pasado -junto a inventores y benefactores de la humanidad. Por fin, la pira en forma de torre y el águila que despliega vuelo, símbolo evidente de la elevación del alma del consagrado. Todos estos temas aparecen en el arte imperial: el águila apoteótica insinúa el ascenso al cielo de Tito en el arco del mismo nombre. En otras representaciones puede haber sido sustituida por otras figuras aladas: en el Camafeo de Francia es un caballo alado, montado tal vez por el mismo personaje central que aparece sentado recibiendo el homenaje; en las apoteosis de Sabina y de Antonino Pío y Faustina, figuras humanas aladas, interpretadas como representaciones de *Aeternitas* o de *Aion*, portan hacia el cielo a aquéllos. En la Apoteosis de Sabina aparece la torre en llamas tras una personificación del Campo de Marte. La *decursio*, en fin, es mostrada en la columna de Antonino Pío⁶².

Conclusión

Las apoteosis imperiales no desarrollan simplemente el culto monárquico helenístico. El César no es, en Roma, un dios viviente, como, en cambio, parecía normal en las provincias. Es el alma, dicen nuestras fuentes, la que

⁶⁰ Vid. POLIBIO, VI, 53.

⁶¹ DION CASIO, LIX, 7.1.

⁶² Gemma Augustea., Kunsthistor. Museum, Viena; Camafeo de Francia, Cabinet des Médailles, Bib. National, París. Apoteosis de Sabina: relieve en mármol,

Palazzo dei Conservatori; Ap. de Antonino y Faustina y Cabalgata, basa de la columna de Antonino, Vaticano, Cortile della Pigna. Interpretaciones en R. BIANCHI BANDINELLI, *Roma, centro del Poder*, Madrid, 1969.

en el momento de la disolución del cuerpo se eleva al cielo; algunas emplean la palabra *numen* para designar aquello que es objeto de honores divinos, en tanto diferente del hombre viviente. Los griegos hubieran dicho *daimon*. Casio Dion, por su parte, hemos visto, habla repetidamente de «honores heroicos» y llama *heroon* al templo dedicado a un emperador difunto.

En este sentido, no nos parece que el evemerismo explique sin más la *consecratio* romana. Si a muchos parecía normal que, en determinadas condiciones, un hombre llegase a ser honrado como un dios -y así los críticos de Tiberio, cuando éste rechazó los honores divinos, no dejaron de recordar los precedentes de Hércules, Liber y Quirino⁶³-, la concepción según la cual *sólo el alma* gana la inmortalidad -y que, por ende, el culto es inapropiado para un hombre- recuerda en cierto aspecto la concepción griega sobre los héroes y su culto.

Los cultos heroicos siguen activos en la época imperial, por cierto⁶⁴. Mas la idea de que ciertos hombres pueden llegar a incorporarse al mundo de los inmortales tiene otras aplicaciones en la época, aparte de los emperadores. Apolonio de Tiana, el “santo pagano”, llegó a ser una divinidad, como sugiere su biógrafo (desaparición al interior de un templo, voces divinas que lo llaman) y de acuerdo a sus compatriotas, que le dedicaron un santuario⁶⁵. Un caso más fuerte es el de Plotino, quien al morir se incorporó sin duda a la esfera divina, como asegura Porfirio, citando el oráculo que Delfos le dedicó: “*Daimon*, que fuiste un hombre, pero que ahora alcanzaste la suerte más divina de los *daimones*, liberado del lazo humano de la necesidad...” (δαίμον, ἄνερ τὸ πάροιθεν, ἀτὰρ νῦν δαίμονος αἴση θειστέρη πελάων, ὅτ' ἐλύσαο δεσμὸν ἀνάγκης ἀνδρομένης...). Allí Plotino encontrará no sólo a los héroes de ultratumba ya consagrados -Minos, Eaco, Radamanto-, sino también a Platón y Pitágoras⁶⁶. Como ocurre en otros casos, la concepción de la apoteosis imperial puede haber servido de modelo para nociones más generales sobre la muerte y la divinidad.

⁶³ TÁC., *Ann*, IV, 38.5.

⁶⁴ Cf. JONES, n.1.

⁶⁵ FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana*,

VIII, 30. Cf. ROBIANO, n. 1.

⁶⁶ PORFIRIO, *Vita Plotini*, 22.23-25.

***“Let him be a god, if he wants to”
Considerations upon the apotheosis***

The opening statement in this work belongs to Damis of Sparta, who, presumably upon the request for divine honors Alexander made to Greek cities in the last year of his life, would have commented thus (more precisely, “Let Alexander be called a god, if he so wishes”). Alexander’s example did not only inspire his successors, kings to be worshipped as gods, but also, it seems, the founders of what may be called the rational theory on the origin of religion. It is about the so called evemerism, in which an assumption of the Hellenic theory of apotheosis can be seen. It has been said that, especially from Euhemero’s Hierá Anagraphé, translated into Latin by Ennio, this theory directly inspires the conceptions moving Virgil’s Aeneid, as well as Augustus’ Res Gestae, thus supporting the Roman Imperial cult. However, in our thinking, this cult also gathers other Greek and Roman notions, and is not explained only by evemerism or the Hellenic royal cult. This work shows the way our historiographic sources present the apotheosis of Roman emperors, specifically those ceremonies surrounding the consecratio.